

Si Norteamérica se hiciera comunista

León Trotsky

17 de agosto de 1934

(Tomado de *Escritos León Trotsky, Tomo VI, Volumen 1 (16 junio 1934 a 26 febrero 1935)*, páginas 105-118 del formato pdf de nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma. Liberty*, 23 de marzo de 1935. Este artículo fue escrito para un amplio público norteamericano (y rehecho ampliamente por la redacción, aunque, eso sí, con el consentimiento de Trotsky), durante la Gran Depresión, cuando millones de personas se radicalizaban y se interesaban en aprender qué era el marxismo y que significaba la revolución socialista en Estados Unidos. Era a mediados del segundo año del régimen del New Deal impuesto por Franklin D. Roosevelt, cuando el movimiento obrero empezaba a levantarse, pero antes de que se organizara el Comité para la Organización Industrial (CIO). Una nota editorial de Liberty señalaba: “¡No crean una palabra de todo esto! Lean la semana próxima la respuesta del ex secretario de trabajo Davis.” Anexamos aquí bajo la versión publicada en *New Socialist Review*, versión en la que Trotsky acude, como fue su costumbre a menudo, a la presentación en forma de diálogo entre dos ingenieros; disponible también en esta misma serie de nuestras EIS: “[[El socialismo en Norteamérica](#)]”).)

Si Norteamérica se hiciera comunista como consecuencia de las dificultades y problemas que el orden social capitalista es incapaz de resolver, descubriría que el comunismo, lejos de ser una intolerable tiranía burocrática y regimentación de la vida individual, es el modo de alcanzar la mayor libertad personal y la abundancia compartida.

En la actualidad muchos norteamericanos consideran el comunismo solamente a la luz de la experiencia de la Unión Soviética. Temen que el soviétismo en Norteamérica produzca los mismos resultados materiales que les trajo a los pueblos culturalmente atrasados de la Unión Soviética.

Temen que el comunismo los meta en un lecho de Procusto, y señalan el conservadurismo anglosajón como un obstáculo insuperable hasta para encarar algunas reformas posiblemente deseables. Aducen que Gran Bretaña y Japón intervendrían militarmente contra los sóviets norteamericanos. Tiemblan ante la perspectiva de que los norteamericanos se vean regimentados en sus hábitos de alimentación y vestido, obligados a subsistir con raciones de hambre, a leer una estereotipada propaganda oficial en los periódicos, a servir de simples ejecutores de decisiones tomadas sin su participación activa. O suponen que tendrían que guardarse para sí sus pensamientos mientras alaban en voz alta a los líderes soviéticos por temor a la cárcel el exilio.

Temen la inflación monetaria, la tiranía burocrática y tener que pasar por un intolerable papeleo “rojo” para obtener lo necesario para vivir. Temen la estandarización desalmada del arte y la ciencia, así como de las necesidades cotidianas.

Temen ver la espontaneidad política, y la supuesta libertad de prensa destruidas por la dictadura de una monstruosa burocracia. Y tiemblan ante la idea de tener que aceptar la volubilidad incomprensible de la dialéctica marxista y una filosofía social disciplinada. Temen, en una palabra, que la Norteamérica soviética se transforme en la contraparte de lo que les han dicho que es la Rusia soviética.

En realidad, los sóviets norteamericanos serán tan distintos de los rusos como lo son los Estados Unidos del presidente Roosevelt del imperio ruso del zar Nicolás II. Sin embargo, Norteamérica sólo podrá llegar al comunismo pasando por la revolución, de la misma manera como llegó a la independencia y la democracia. El temperamento norteamericano es enérgico y violento, e insistirá en romper una buena cantidad de platos y en tirar al suelo una buena cantidad de carros de manzanas antes de que el comunismo se establezca firmemente. Los norteamericanos, antes que especialistas y estadistas, son

entusiastas y deportistas, y sería contrario a la tradición norteamericana realizar un cambio fundamental sin que se tome partido y se rompan cabezas.

Sin embargo, el costo relativo de la revolución comunista norteamericana, por grande que parezca, será insignificante comparado con el de la Revolución Rusa Bolchevique, debido a vuestra riqueza nacional y población. Es que la guerra civil revolucionaria no la realiza el puñado de hombres que está en la cúpula' el cinco o diez por ciento dueño de las nueve décimas partes de la riqueza norteamericana; este grupito sólo podría reclutar sus ejércitos contrarrevolucionarios entre los estratos más bajos de la clase media. Aun así, la revolución podría atraerlos fácilmente demostrándoles que su única perspectiva de salvación está en el apoyo a los sóviets.

Todos los que están por debajo de este grupo ya están preparados económicamente para el comunismo. La depresión hizo estragos en vuestra clase obrera y asestó un golpe aplastante a los campesinos, ya perjudicados por la larga decadencia agrícola de la década de posguerra. No hay razón por la que estos grupos deban oponer alguna resistencia a la revolución; no tienen nada que perder, por supuesto siempre que los dirigentes revolucionarios se den hacia ellos una política moderada a largo alcance.

¿Y quién más luchará contra el comunismo? ¿Vuestros guardaespaldas de billonarios y multimillonarios? ¿Vuestros Mellons, Morgans, Fords y Rockefellers? Dejarán de luchar en cuanto no consigan quien pelee por ellos.

El gobierno soviético norteamericano tomará firme posesión de los comandos superiores de vuestro sistema empresario: los bancos, las industrias clave y los sistemas de transporte y comunicación. Luego les dará a los campesinos, a los pequeños comerciantes e industriales, mucho tiempo para reflexionar y ver qué bien anda el sector nacionalizado de la industria.

Es en este terreno donde los sóviets norteamericanos podrán producir verdaderos milagros. La "tecnocracia"¹ sólo será real bajo el comunismo, que sacará de encima de vuestro sistema industrial las manos muertas de los derechos de la propiedad privada y las ganancias individuales. Las más osadas propuestas de la comisión Hoover² sobre estandarización y racionalización parecerán infantiles comparadas con las posibilidades abiertas por el comunismo norteamericano.

La industria nacional se organizará siguiendo el modelo de vuestras modernas fábricas de automotores de producción continua. La planificación científica se elevará del nivel de la fábrica individual al del conjunto del sistema económico. Los resultados serán estupendos.

Los costos de producción disminuirán en un veinte por ciento o tal vez más. Esto a su vez aumentará rápidamente la capacidad de compra de los campesinos.

Por cierto, los sóviets norteamericanos establecerán sus propios gigantescos establecimientos agrícolas, que serán también escuelas voluntarias de colectivización. Vuestros campesinos podrán calcular fácilmente si les conviene seguir como eslabones aislados o unirse a la cadena general.

El mismo método se utilizaría para incorporar a la organización industrial nacional al pequeño comercio y a la pequeña industria. Con el control soviético de las materias

¹ La tecnocracia era un programa y un movimiento norteamericano muy difundido en los primeros años de la depresión, especialmente en la clase media. Proponía superar la depresión y llegar al pleno empleo en Estados Unidos racionalizando la economía y el sistema monetario bajo el control de los ingenieros y técnicos, todo sin lucha de clases ni revolución. El movimiento se dividió en dos alas, una de izquierda y una de derecha, desarrollando, ésta, tendencias fascistas.

² Herbert Hoover (1874-1964), predecesor republicano de Roosevelt, fue el trigésimoprimer presidente de Estados Unidos.

primas, los créditos y los suministros estas industrias secundarias seguirían siendo solventes hasta que el sistema socializado las absorbiera gradualmente y sin compulsión.

¡Sin compulsión! Los sóviets norteamericanos no tendrían que recurrir a las drásticas medidas que las circunstancias a menudo impusieron a los rusos. En Estados Unidos la ciencia de la publicidad brinda los medios para ganarse el apoyo de la clase media, que estaba fuera del alcance de la atrasada Rusia, con su vasta mayoría de campesinos pobres y analfabetos. Esto, junto con vuestro aparato técnico y vuestra riqueza, será la mayor ventaja de vuestra futura revolución comunista. Vuestra revolución será más suave que la nuestra; luego de resueltos los problemas fundamentales no tendréis que derrochar energías y recursos en costosos conflictos sociales, y, en consecuencia, avanzaréis mucho más rápido.

Incluso la intensidad y abnegación del sentimiento religioso predominantes en Norteamérica no serán un obstáculo para la revolución. Si en Norteamérica se asume la perspectiva de los sóviets, ninguna barrera psicológica será lo suficientemente firme como para demorar la presión de la crisis social. La historia lo demostró más de una vez. Además, no hay que olvidar que los mismos Evangelios contienen algunos aforismos bastante explosivos.

En cuanto a los relativamente escasos adversarios de la revolución soviética, se puede confiar en el genio inventivo de los norteamericanos. Por ejemplo, podríais mandar a todos vuestros millonarios no convencidos a alguna isla pintoresca, con una renta para toda la vida, y que se queden allí haciendo lo que les plazca.

Lo podréis hacer tranquilamente porque no tendréis que temer la intervención extranjera. Japón, Gran Bretaña y los demás países capitalistas que intervinieron en Rusia no podrán hacer otra cosa que aceptar el comunismo norteamericano como un hecho consumado. Y, de hecho, la victoria del comunismo en Norteamérica, la columna vertebral del capitalismo, determinará que se extienda a los demás países.

Japón probablemente se unirá a las filas comunistas antes de que se implanten los sóviets en Estados Unidos. Y lo mismo se puede decir de Gran Bretaña.

De todos modos, sería una idea loca enviar la flota de Su Majestad británica contra la Norteamérica soviética, incluso contra el sur de vuestro continente, más conservador. Sería inútil y nunca pasaría de una incursión militar de segundo orden.

A las pocas semanas o meses de establecidos los sóviets en Norteamérica el panamericanismo sería una realidad política.

Los gobiernos de Centro y Sud América se verían atraídos a vuestra federación como el hierro por el imán. Lo mismo ocurriría con Canadá. Los movimientos populares de estos países serían tan fuertes que impulsarían este gran proceso unificador en un brevísimo período y a un costo insignificante. Estoy dispuesto a apostar que el primer aniversario de los sóviets norteamericanos encontraría al Hemisferio Occidental transformado en los estados unidos soviéticos de Norte, Centro y Sud América, con su capital en Panamá. Por primera vez la Doctrina Monroe adquiriría un peso total y positivo en los asuntos mundiales, aunque no el previsto por su autor.

A pesar de las quejas de algunos de sus archiconservadores, Roosevelt no se está preparando para una transformación soviética de Estados Unidos.

La NRA³ no pretende destruir sino fortalecer los fundamentos del capitalismo norteamericano ayudando a las empresas a superar sus dificultades. No será el Águila

³ National Recovery Administration (NRA, Administración de Recuperación Nacional), se instauró en 1933 como agencia del New Deal para preparar y hacer cumplir al comercio y la industria códigos de prácticas leales. Al mismo tiempo, estableció un salario mínimo y un máximo de horas de trabajo y apoyó el derecho de los obreros a afiliarse a un sindicato, pero fue fundamentalmente una ayuda para los empresarios, en el sentido de que les permitió establecer niveles de calidad y los precios máximos de las mercancías. El

Azul, sino las dificultades que ésta es incapaz de superar, lo que traerá el comunismo a Estados Unidos. Los profesores “radicales” de vuestro trust de cerebros⁴ no son revolucionarios; son sólo conservadores asustados. Vuestro presidente abomina de “los sistemas” y “las generalidades”. Pero un gobierno soviético es el más grande de todos los sistemas posibles, una gigantesca generalidad en acción.

Al hombre común tampoco le gustan los sistemas ni las generalidades. Será tarea de vuestros estadistas comunistas lograr que el sistema produzca los bienes concretos que el hombre común desea: su comida, sus cigarros, sus diversiones, su libertad de elegir las corbatas, la vivienda y el automóvil que le gusten. Será muy fácil proporcionarle estas comodidades en la Norteamérica soviética.

La mayoría de los norteamericanos están desorientados por el hecho de que en la Unión Soviética hemos tenido que construir industrias básicas enteras partiendo de la nada. Una cosa así no podría suceder en Estados Unidos, donde ya os veis obligados a reducir las zonas cultivadas y la producción industrial. De hecho, vuestro tremendo aparato tecnológico está paralizado por la crisis y exige ser puesto nuevamente en uso. El punto de partida del resurgimiento económico podrá ser el rápido aumento del consumo de vuestro pueblo.

Estáis más preparados que ningún otro país para lograrlo. En ningún otro lado llegó a ser tan intenso como en Estados Unidos el estudio del mercado interno. Entra en las existencias acumuladas por los bancos, los trusts, los hombres de negocios, los comerciantes, los viajantes de comercio y los granjeros. Vuestro gobierno soviético simplemente abolirá el secreto comercial, combinará todos los descubrimientos de estas investigaciones realizadas en función de la ganancia privada y los transformará en un sistema científico de planificación económica. Para ello contará con la colaboración de una numerosa clase de consumidores cultos y críticos. La combinación de las industrias clave nacionalizadas, el comercio privado y la cooperación del consumidor democrático producirá rápidamente un sistema sumamente flexible para satisfacer las necesidades de la población.

Ni la burocracia ni la policía harán funcionar a este sistema: lo hará el frío, duro dinero.

Vuestro dólar todopoderoso jugará un rol fundamental en el funcionamiento del nuevo sistema soviético. Es un gran error mezclar la “economía planificada” con la “emisión dirigida”. La moneda tendrá que ser el regulador que mida el éxito o el fracaso de la planificación.

Vuestros profesores “radicales” se equivocan mortalmente con su devoción a la “moneda dirigida”. Esta idea académica podría fácilmente liquidar todo vuestro sistema de distribución y producción. Esa es la gran lección a extraer de la Unión Soviética, donde la amarga necesidad se convirtió en virtud oficial en el reino del dinero.

La falta de un rublo de oro estable es allí una de las causas fundamentales de muchas de las dificultades y catástrofes económicas. Es imposible regular los salarios, los precios y la calidad de las mercancías sin un sistema monetario firme. Tener un rublo inestable en un sistema soviético es lo mismo que tener moldes variables en una fábrica que trabaja en serie. No funciona.

Solo será posible abandonar la moneda de oro estable cuando el socialismo logre sustituir el dinero por un sistema de control administrativo. Entonces el dinero será un vale común y corriente, como el boleto del colectivo o la entrada al teatro. A medida que el socialismo avance también desaparecerán estos vales; ya no será necesario el control,

símbolo de la NRA era un águila azul. La Corte Suprema de Estados Unidos la declaró ilegal en mayo de 1935.

⁴ Trust de cerebros era el nombre popular de los consejeros de Roosevelt en Estados Unidos.

ni en dinero ni administrativo, sobre el consumo individual ¡puesto que habrá suficientes bienes como para satisfacer las necesidades de todos!

Aún no estamos en esa situación, aunque con toda seguridad Norteamérica llegará antes que cualquier otro país. Hasta entonces, la única manera de alcanzar ese nivel de desarrollo será mantener un regulador y medidor efectivo del funcionamiento de vuestro sistema. De hecho, durante los primeros años una economía planificada necesita, más todavía que el viejo capitalismo, dinero efectivo. El profesor que regula la unidad monetaria con el objetivo de regular todo el sistema económico es como el hombre que trató de levantar ambos pies del suelo al mismo tiempo.

La Norteamérica soviética contará con reservas de oro suficientes para estabilizar el dólar, lo que constituye una ventaja invaluable. En Rusia hemos aumentado la producción industrial en un veinte y un treinta por ciento anual; pero, debido a la debilidad del rublo, no pudimos distribuir efectivamente este aumento. Esto en parte se debe a que le permitimos a la burocracia subordinar el sistema monetario a las necesidades administrativas. Vosotros os ahorraréis este mal. En consecuencia, nos superaréis mucho, tanto en la producción como en la distribución, lo que llevará a un rápido avance en el bienestar y la riqueza de la población.

En todo esto no necesitaréis imitar nuestra producción estandarizada para nuestra pobre masa de consumidores. Recibimos de la Rusia zarista una herencia de pobreza, un campesinado culturalmente subdesarrollado y con un bajo nivel de vida. Tuvimos que construir las fábricas y las represas a expensas de nuestros consumidores. Padecemos una inflación monetaria continua y una monstruosa burocracia.

Norteamérica soviética no tendrá que imitar nuestros métodos burocráticos. Entre nosotros la falta de lo más elemental produjo una intensa lucha por conseguir un pedazo extra de pan, un poco más de tela. En esta lucha la burocracia se impone como conciliador, como árbitro todopoderoso. Pero vosotros sois mucho más ricos y tendréis muy pocas dificultades para satisfacer las necesidades de todo el pueblo. Más aun; vuestras necesidades, gustos y hábitos nunca permitirían que sea la burocracia la que reparta la riqueza nacional. Cuando organicéis vuestra sociedad para producir en función de las necesidades humanas y no de las ganancias individuales, toda la población se nucleará en nuevas tendencias y grupos que se pelearán unos con otros y evitarán que una burocracia todopoderosa se imponga sobre ellos.

Así la práctica de los sóviets, es decir de la democracia, la forma más democrática de gobierno alcanzada hasta hoy, evitará el avance del burocratismo. La organización soviética no puede hacer milagros; simplemente debe reflejar la voluntad del pueblo. Entre nosotros los sóviets se burocratizaron como resultado del monopolio político de un solo partido, transformado él mismo en una burocracia. Esta situación fue la consecuencia de las excepcionales dificultades que tuvo que enfrentar el comienzo de la construcción socialista en un país pobre y atrasado.

Los sóviets norteamericanos estarán llenos de sangre y vigor, sin necesidad ni oportunidad de que las circunstancias impongan medidas como las que hubo que adoptar en Rusia. Por supuesto, los capitalistas que no se regeneren no tendrán lugar en el nuevo orden. Resulta un poco difícil imaginarse a Henry Ford dirigiendo el sóviet de Detroit.

Sin embargo, es no sólo concebible sino inevitable que se desate una gran lucha de intereses, grupos e ideas. Los planes de desarrollo económico anuales, quinquenales y decenales; los esquemas de educación nacional; la construcción de nuevas líneas básicas de transporte; la transformación de las granjas; el programa para mejorar la infraestructura tecnológica y cultural de Latinoamérica; el programa de comunicación espacial; la eugenesia, todo esto suscitará controversias, vigorosas luchas electorales y apasionados debates en los periódicos y en las reuniones públicas.

Pues en Norteamérica soviética no existirá el monopolio de la prensa por parte de los jefes de la burocracia como en la Rusia soviética. Nacionalizar todas las imprentas, las fábricas de papel y las distribuidoras sería una medida puramente negativa. Significaría simplemente que al capital privado ya no se le permite decidir qué publicaciones sacar, sean progresivas o reaccionarias, “húmedas” o “secas”⁵, puritanas o pornográficas. Norteamérica soviética tendrá que encontrar una nueva solución al problema de cómo debe funcionar el poder de la prensa en un régimen socialista. Podría hacerse sobre la base de la representación proporcional a los votos en cada elección a los sóviets.

Así, el derecho de cada grupo de ciudadanos a utilizar el poder de la prensa dependería de su fuerza numérica; el mismo principio se aplicaría para el uso de los locales de reunión, de la radio, etcétera.

De este modo la administración y la política de publicaciones no la decidirían las chequeras individuales sino las ideas de los distintos grupos. Esto puede llevar a que se tenga poco en cuenta a los grupos numéricamente pequeños pero importantes, pero implica la obligación de cada nueva idea de abrirse paso y demostrar su derecho a la existencia.

La rica Norteamérica soviética podrá destinar mucho dinero a la investigación y a la invención, a los descubrimientos y experimentos en todos los terrenos. No dejaréis de lado a vuestros audaces arquitectos y escultores, a vuestros poetas y filósofos no convencionales.

En realidad, los yanquis soviéticos del futuro dirigirán a Europa en los mismos terrenos en los que hasta ahora Europa ha sido su maestro. Los europeos tienen una idea muy pobre de cómo puede influir la tecnología en el destino humano y adoptaron una actitud de despreciativa superioridad hacia el “norteamericanismo”, particularmente a partir de la crisis. Y sin embargo el norteamericanismo marca la verdadera línea divisoria entre la Edad Media y el mundo moderno.

Hasta ahora en Norteamérica la conquista de la naturaleza ha sido tan violenta y apasionada que no habéis tenido tiempo de modernizar vuestras filosofías o de desarrollar formas artísticas propias. Hasta ahora habéis sido hostiles a las doctrinas de Marx, Hegel y Darwin. La quema de los trabajos de Darwin por los bautistas de Tennessee⁶ es sólo un pálido reflejo del rechazo de los norteamericanos a las doctrinas evolucionistas. Esta actitud no se limita a vuestros púlpitos. Todavía es parte de vuestra conformación mental.

Tanto vuestros ateos como vuestros cuáqueros son decididamente racionalistas. Y ese mismo racionalismo está debilitado por el empirismo y el moralismo. No tiene nada de la implacable vitalidad de los grandes racionalistas europeos. Por eso vuestro método filosófico es más anticuado todavía que vuestro sistema económico y vuestras instituciones políticas.

Hoy, bastante poco preparados para ello, os veis obligados a enfrentar las contradicciones que sin que se lo sospeche surgen en toda sociedad. Conquistasteis a la naturaleza con las herramientas que creó vuestro genio inventivo sólo para encontraros con que vuestras herramientas destruyeron todo excepto vuestras personas. Contrariamente a todas las esperanzas y deseos, vuestra riqueza sin precedentes produjo

⁵ Desde 1920 a 1933 Estados Unidos fue formalmente “seco”, es decir estaba prohibida por una enmienda constitucional la venta de bebidas alcohólicas. En 1933 se suprimió la enmienda, y el país se volvió “húmedo”, nuevamente.

⁶ La quema de los trabajos de Darwin se refiere a las leyes que prohibían enseñar la teoría de la evolución en las escuelas públicas. El juicio Scopes de 1925 en Dayton, Tennessee, fue la más dramática de las protestas legales contra estas leyes represivas.

desgracias sin precedentes. Descubristeis que el desarrollo social no sigue una simple fórmula. Entonces os visteis arrojados en la escuela de la dialéctica, para quedaros allí.

No hay vuelta atrás al modo de pensar y actuar prevaleciente en los siglos XVII y XVIII.

Mientras los tontos románticos de la Alemania nazi sueñan con restaurar la pureza original, o mejor dicho la inmundicia original de la vieja raza de la Selva Negra europea, vosotros, norteamericanos, luego de dar un firme salto en vuestra economía y en vuestra cultura, aplicaréis genuinos métodos científicos al problema de la eugenesia. Dentro de un siglo, de vuestra mezcla de razas surgirá un nuevo tipo de hombres, el primero en merecer el nombre de Hombre.

Y una profecía final: ¡en el tercer año de gobierno soviético en Norteamérica, ya no mascaréis goma!

Edicions Internacionals Sedov

Serie: [Trotsky en internet y en castellano](#)



germinal_1917@yahoo.es

Anexo: [El socialismo en Norteamérica]

17 de agosto de 1934

(“[[El socialismo en Norteamérica](#)]”, en esta misma serie de nuestras EIS)

- *¿No cree usted que nuestra N.R.A.⁷ está sentando las bases para vuestra forma de sóviets?*

Viniendo de Cooper, esta pregunta le pareció extraña a Trochin. La mar está movida, y Trochin no estaba en su mejor momento. La casi imperceptible ironía en la voz de Cooper lo contrarió un poco, y respondió con cierta irritación: “Cuando hayan decidido hacer sóviets, les aconsejo que establezcan sus propias normas, las nuestras no les convendrán.”

Ambos eran ingenieros y entre ellos existía un vínculo, si no de amistad, al menos sí de amistad que se remontaba a la época en que, durante la guerra, Trochin, moscovita de pura cepa, trabajaba como emigrante en las fábricas de Chicago.

Cooper, de pura ascendencia yanqui, estaba en su cuarto año de contrato en la URSS. Ambos viajaban a Norteamérica como miembros de una delegación comercial.

Cada uno respetaba los conocimientos, experiencia y habilidades del otro, pero también veían los defectos de uno y otro. A los ojos de Cooper, Trochin parecía un soñador y un tanto diletante en materia de tecnología; a los ojos de Trochin Cooper era un empirista sistemático.

Charlaban a menudo, pero nunca se aventuraban a hablar de política, en parte por delicadeza, en parte por precaución. Durante los tres primeros días de travesía, su conversación siguió el curso de las líneas habituales. Cuando no intercambiaban

⁷ La National Recovery Administration (N.R.A. [Administración Nacional de Recuperación]) fue fundada por la administración Roosevelt en 1933 como parte de la política del New Deal para preparar y aplicar la regulación de las relaciones sociales en la industria y el comercio.

impresiones como pasajeros, hablaban de los pedidos que pronto tendrían que hacer en Estados Unidos. Cooper, por enésima vez, le reprochaba a Trochin una desmedida pasión por el “gigantismo” mientras que Trochin replicaba, en la misma línea, que la crisis había recortado claramente las alas del espíritu tecnológico estadounidense.

Solamente al cuarto día, después de terminar de leer un libro sobre la N.R.A. que había traído para el viaje, Cooper hizo esta inesperada pregunta sobre los sóviets en Norteamérica. Quizá la proximidad de su tierra natal le había soltado la lengua.

“Los sóviets norteamericanos”, continuó Trochin con un poco más de amabilidad, “diferirán de los sóviets rusos tanto como los Estados Unidos de Roosevelt difieren de la Rusia de Nicolás II⁸. Si es que me concede la hipótesis de que algún día aparezcan sóviets en Estados Unidos, por supuesto”.

- *Tomemos esta hipótesis fantástica. ¿Cómo ve usted aquí la formación de sóviets? ¿A qué se parecerían? ¿Y, cómo nosotros, yankis, podríamos encontrarnos cómodos en esta cama de Procusto?*

- La Norteamérica soviética sólo puede nacer de la misma manera que Norteamérica devino independiente y democrática, a través de la revolución. Y no ocurrirá sin romper platos. Esa es la manera norteamericana. Creo que usted mismo, Cooper, participaría enérgicamente en la lucha, aunque no sepa de qué lado.

- *¿Este comentario increíblemente presuntuoso significa que no tengo principios?*

- ¿Por qué es usted tan duro? Se considera un individualista a toda prueba. Pero la enorme cantidad de energía que ha dedicado a su trabajo en la industria soviética (no hablo de su competencia) ha sido la de un deportista no la de un especialista (no voy a insistir en calificarle de entusiasta). ¿Quién puede decir qué bazas le jugarán a usted su temperamento y empirismo cuando se produzcan grandes acontecimientos? Una cosa es segura: romperá platos como todo el mundo.

Pero el precio relativo de su revolución será insignificante en comparación con el nuestro, al menos en términos porcentuales, si no en términos absolutos. ¿Le sorprende? Al fin y al cabo, amigo mío, las guerras civiles no las libran el 5 o 10 % de los que gobiernan el 90 % de la riqueza nacional. No son suficientes y, sobre todo, aman demasiado sus comodidades.

La contrarrevolución sólo puede levantar su ejército en la capa baja de las clases medias. Pero vuestros campesinos y vuestros pequeños comerciantes de las ciudades también apoyarían la revolución, si vieran en ella el medio de resolver sus problemas.

La crisis actual ha causado estragos en las clases medias. Ha supuesto un duro golpe para la agricultura, que ya llevaba diez años con dificultades. No se puede esperar una seria resistencia política a la revolución por parte de las clases que, desgraciadamente, ya no tienen nada que perder. Por supuesto, esto presupone que el nuevo régimen adopte una política económica razonable y previsoramente hacia ellas.

Una vez que el gobierno soviético estuviera firmemente en posesión de las partes decisivas de la economía (los bancos, las ramas básicas de la industria, los transportes), los agricultores, los pequeños industriales y los comerciantes, tendrían mucho tiempo para reflexionar sobre la situación y tomar una decisión. El resto dependería del éxito de la industria nacionalizada.

Y aquí, Cooper, espero verdaderos milagros de ustedes. La “tecnocracia”⁹ sólo puede hacerse realidad en un régimen soviético, cuando se hayan eliminado todas las barreras de la propiedad privada. Las más audaces propuestas de estandarización y

⁸ Nicolás II (1868-1918) fue el último zar de Rusia, derrocado por el levantamiento de febrero de 1917 y ejecutado durante la guerra civil.

⁹ La “tecnocracia” era un movimiento muy en boga en Estados Unidos en la época de la Gran Depresión: proponía la nacionalización de la economía y del sistema monetario bajo el control de “expertos”.

racionalización de la Comisión Hoover¹⁰ parecerán pueriles en comparación con las nuevas posibilidades. La industria del país se organizará como una cadena de montaje. En otras palabras, la planificación se extenderá de la empresa individual a la economía en su conjunto.

Se podrá reducir el precio de coste a la mitad, o incluso a 1/5 de lo que es ahora. Se producirá un aumento significativo y rápido del poder adquisitivo del dólar del agricultor. Y eso sería suficiente para empezar.

Pero los sóviets también crearán sus propias granjas modelo, a escala gigantesca, como escuelas de colectivización voluntaria. Sus campesinos saben contar, aunque no son estadísticos. A la larga, verán cómo cuadrar las cuentas, ya sea permaneciendo como eslabón aislado o uniéndose a la cadena común.

Por otro lado, los sóviets incluirán en su plan para la industria un gran lugar para las pequeñas y medianas empresas viables. El gobierno, los sóviets locales y las cooperativas garantizarán una cuota de pedidos, el crédito que necesitarán y las materias primas. Poco a poco, y sin ningún tipo de trabas, irán entrando en la órbita de la economía socializada.

En Estados Unidos será posible aplicar plenamente estos métodos educativos con vistas a influir en las clases medias, que resultaron estar fuera del alcance de los sóviets en nuestro atrasado país, con su mayoría campesina medio empobrecida y analfabeta. No hace falta explicar los beneficios resultantes: el desarrollo será más armonioso, los costes relativos del conflicto social serán menores y el ritmo de crecimiento cultural se acelerará.

- *¿Ha olvidado usted lo importante que es el sentimiento religioso para nosotros los anglosajones? Es el principal baluarte del conservadurismo social.*

- Vamos, Cooper, no se puede hablar de hacer nada partiendo de postulados que se contradicen. Si vamos a hablar de cómo serían los sóviets norteamericanos, tiene usted que partir de la premisa de que la presión de la crisis social será más poderosa que cualquier freno psicológico. Esto se ha demostrado más de una vez en la historia. Algunos de los frenos se quemarán muy rápidamente; otros se remodelarán para adaptarlos a las nuevas circunstancias. No olvidemos que los propios Evangelios contienen algunas máximas bastante explosivas.

- *¿Y qué haría usted, tengo curiosidad en saberlo, con los peces gordos de nuestro sistema capitalista?*

- Yo confiaría en su inventiva, Cooper. A los que se nieguen a hacer las paces con el nuevo sistema se les podría dar una isla pintoresca en alguna parte, con una pensión vitalicia, y permitirles vivir allí como les plazca.

- ¡Es usted terriblemente generoso, Trochin!

- ¡Esa es mi punto débil, Cooper!

- *Pero no parece tener en cuenta usted la posibilidad de una intervención militar. Sin duda provocaría un aumento del precio relativo de una revolución soviética.*

¿O tal vez, en su optimismo, amigo mío, imagina que Japón, Gran Bretaña y los demás países capitalistas no se inmutarían y aceptarían tranquilamente un derrocamiento favorable a los sóviets en Norteamérica?

- ¿Qué otra cosa podrían hacer, Cooper? Estados Unidos es la fortaleza más fuerte del capitalismo. Una vez que se admite, al menos en teoría, que la crisis social se está agravando hasta el punto de que es necesaria la creación de sóviets, entonces se admite que procesos similares están ocurriendo también en otros países.

Es completamente probable que el Japón semifudal desertase de las filas del capitalismo mundial incluso antes de que se establecieran los sóviets en Norteamérica.

¹⁰ Herbert G. Hoover (1874-1964) fue Presidente de Estados Unidos antes que Roosevelt; dirigió una comisión para estudiar la racionalización y su generalización.

Lo mismo puede decirse de Gran Bretaña. En cualquier caso, la idea de dirigir la flota de Su Majestad Británica contra una Norteamérica soviética sería una locura.

En cuanto a la idea de desembarcar una fuerza expedicionaria en la mitad sur del continente, sería una empresa desesperada y no pasaría de ser una farsa militar de segunda categoría.

A los pocos meses, incluso semanas, de la instauración de un régimen soviético (y piénsalo, Cooper) los gobiernos de América Central y del Sur se sentirían atraídos por su federación como limaduras de hierro por un imán. Lo mismo ocurriría con Canadá. El movimiento de masas en estos países sería tan irresistible que completarían inmediatamente este gran proceso de unificación con muy poco sacrificio.

Estoy dispuesto a apostar que en el primer aniversario del establecimiento del primer sóviet norteamericano se verá a vuestro hemisferio transformarse en los Estados Unidos de América del Norte, Central y del Sur. Entonces se asistirá a la realización de la doctrina de Monroe¹¹, aunque de forma diferente a la prevista por su autor. Habrá de trasladar su capital a Panamá.

- *¿Usted cree? Pero no ha respondido a mi pregunta sobre Roosevelt. ¿Está o no sentando las bases de los sóviets?*

- Es usted demasiado perspicaz para hacer una pregunta así, Cooper. El propósito de la ANR es superar las dificultades. Se supone que refuerza los cimientos del sistema capitalista, no que los destruye. Su águila azul¹² no engendrará los sóviets. Al contrario, son las dificultades que el ave no tiene la fuerza de superar las que los crearán.

Los profesores más “izquierdistas” de su “braintruts”¹³ no son revolucionarios: sólo son conservadores aterrorizados. Su presidente odia los “sistemas” y las “generalidades”. Pero un gobierno soviético es el mayor sistema posible, una gigantesca generalidad en acción.

- *No está mal. Hasta ahora ha conseguido usted cambiar alegremente la faz de todo el Nuevo Mundo, desde Alaska hasta el Cabo de Hornos; nos ha garantizado la seguridad internacional y ha desplazado nuestra capital.*

Pero antes de darle las gracias por esta hercúlea tarea, me gustaría saber qué va a ser de mí, el ingeniero Cooper. Resulta que como carne asada, fumo puros y tengo mi propio coche. Cuando usted acabe con todo eso, ¿tendré que vivir mis días con raciones de hambre, llevar zapatos desparejados que no me quedan bien, leer propaganda monótona y estereotipada en el único periódico que queda, elegir candidatos y sóviets nombrados a dedo, entregar mi aval a las decisiones tomadas sin consultarme, guardándome mis ideas para mí y cantando a diario las alabanzas del líder que el destino me ha enviado, por miedo a ser detenido y exiliado a alguna parte?

Si eso es lo que tiene usted en mente, le diré ahora mismo que le regalo mi billete al paraíso. Me arriesgaré en una de esas islas del Pacífico que ha tenido la amabilidad de dejar a los individualistas en peligro de extinción.

- No tenga usted tanta prisa en refugiarse en una isla, Cooper. Allí morirá de aburrimiento. ¿Cómo podría usted acabar con raciones de hambre si come como lo hace hoy a pesar de que su sistema se ha visto obligado a restringir artificialmente la superficie cultivada y la escala de producción?

¹¹ James Monroe (1758-1831), Presidente de Estados Unidos de 1817 a 1825, formuló en 1823 su famosa “doctrina”, resumida en la frase “América para los americanos”, que puede traducirse como “América para los yanquis”.

¹² El águila azul era el símbolo y la insignia de la N.R.A.

¹³ La prensa llamó Brain Trust al grupo de intelectuales que Roosevelt había creado en enero de 1932 para asesorarle durante su periodo electoral, un equipo de profesores procedentes principalmente de la Universidad de Columbia.

Durante casi veinte años, en Rusia hemos tenido que construir ramas fundamentales de la industria prácticamente desde cero. En sus Estados Unidos, el problema es exactamente el contrario. Los poderosos recursos tecnológicos ya existen, pero la crisis los ha paralizado y piden a gritos ser puestos en servicio.

Nuestro éxito continuado en la construcción de los cimientos de una economía planificada se ha logrado a costa del consumo diario de las masas. Por el contrario, el problema de ustedes es planificar la resurrección de una economía que ya existe, y ésta debe tomar como punto de partida el rápido aumento del consumo de la población.

En ningún lugar se ha llevado tan lejos el estudio del mercado interior como en Estados Unidos. Lo han hecho sus bancos, sus trusts, empresarios, comerciantes, viajeros de comercio y agricultores.

Un gobierno soviético comenzará por abolir el secreto comercial y combinará y generalizará los métodos capitalistas de cálculo, transformándolos en métodos de contabilidad y planificación económica.

Por otra parte, sus refinados y críticos consumidores no tolerarán ningún signo de indiferencia hacia sus necesidades. Un sistema flexible de satisfacción de las necesidades de la población estará garantizado por una combinación de cooperativas controladas democráticamente, una red de almacenes estatales y tiendas comerciales. No se atormenten usted por tu rosbif, Cooper. Lo tendrá cuando quiera.

- *¿Después de que tres burócratas diferentes hayan aprobado mi solicitud?*

- No, usted usará buen dinero. El dólar (vea usted) será el regulador básico de esta economía soviética. Es un gran error considerar el uso del dinero como incompatible con una economía planificada. "Dinero dirigido" (si me perdonan sus profesores radicales) es una ficción académica. Los cambios arbitrarios del valor de la moneda conducen inevitablemente a una ruptura de la coordinación interna de todas las ramas de la economía. Este tipo de agitación molecular distorsiona los procesos más íntimos y profundos de producción y distribución.

- *Pero en la Unión Soviética...*

- Desgraciadamente, en nuestro país hemos convertido una dura necesidad en una virtud oficial. La falta de un rublo de oro estable es una de las principales causas de muchas de las dificultades y debilidades de nuestra economía. Sin una moneda estable, ¿cómo podemos siquiera pensar en ajustar realmente los salarios, los precios de los productos de primera necesidad y el control de la calidad?

Un rublo inestable en una economía planificada es como tener moldes de diferentes tamaños para producir en serie la misma pieza. Evidentemente, cuando el régimen socialista haya adquirido suficiente experiencia para mantener el equilibrio económico únicamente mediante la técnica administrativa, el dinero perderá su significado como regulador económico. Entonces el dinero no será más que cupones, como los billetes de autobús o las entradas de teatro.

A medida que aumente la riqueza, también desaparecerá la necesidad de estos cupones. No tendrán ustedes que controlar el consumo. Habrá más que suficiente para todos. Sin duda, Estados Unidos llegará a esta fase antes que ningún otro país.

Pero no se puede alcanzar la fase de una economía sin dinero en efectivo sin garantizar primero el equilibrio dinámico y el crecimiento armonioso de todas las funciones sociales. Se trata de una tarea ardua, que no puede lograrse únicamente con presiones administrativas y discursos radiofónicos de aliento.

Durante estas primeras etapas, es decir, durante un cierto número de años, la economía planificada necesita una moneda estable más que capitalismo liberal. Intentar dirigir la economía jugando con el dinero es como intentar levantar los dos pies a la vez.

- Trochin, ¿no está usted haciendo insinuaciones sobre nuestra política monetaria?

- No estoy insinuando nada. Sólo digo que la Norteamérica soviética tendrá suficientes reservas de oro para mantener estable el dólar. ¡Qué base tan preciosa, Cooper!

Usted sabe que nuestra economía ha crecido entre un 20 y un 30 % anual. Pero también conoce la debilidad de este ritmo de crecimiento sin precedentes: el crecimiento económico real no se corresponde con las cifras dadas de ganancias en producción y tecnología. Una de las razones de esta desproporción es la manipulación administrativa subjetiva de nuestro sistema monetario. He ahí un mal que ustedes no sufrirán.

El dólar soviético-norteamericano rodará con todos sus ocho cilindros. Su ritmo de crecimiento superará con creces el nuestro, no sólo en términos de producción técnica, sino también de progreso económico real. El resultado sería obvio: el nivel de vida de su población, y por tanto su nivel cultural, darán muy rápidamente un salto adelante.

- Trochin, si intenta usted seducirme con la dichosa perspectiva de poseer tres o cuatro pares de calzoncillos de serie, demasiado pequeños o demasiado grandes, y una colección obligatoria de las obras completas de W.Z. Foster¹⁴...

- Cooper, no puede usted apartar la vista de la lamentable condición de nuestro consumidor medio. ¿Crees que quiero negarlo? Ya le he explicado las razones de la escasez y la mediocre calidad de nuestros bienes de consumo: la herencia de pobreza dejada por el antiguo régimen, el bajo nivel cultural del campesinado, la necesidad de crear medios de producción en detrimento del consumo corriente, la inflación crónica y, por último, la burocracia...

- ¡Una burocracia monstruosa, querrá decir, Trochin!

- Sí, una burocracia monstruosa, Cooper. Pero no se crea obligado a repetirlo. Entre nosotros, la falta de productos de primera necesidad hace que todos luchen contra todos por una libra de pan o un metro de tela. La burocracia avanza bajo la apariencia de apaciguamiento o arbitraje.

Pero ustedes, ustedes son inconmensurablemente más rico, y podrán proporcionar al país todo lo que necesita sin gran dificultad. Las necesidades, gustos y costumbres de su gente nunca permitirán que una burocracia se hiciera cargo de un poder de decisión incontrolado sobre la renta nacional. La tarea de organizar una economía socializada para la mayor satisfacción de las necesidades humanas conmovió hasta lo más profundo a toda su población y dará lugar a nuevas tendencias y nuevos partidos que lucharán ferozmente entre sí.

- Es usted un bolchevique piadoso, Trochin. Habla de lucha entre partidos bajo el régimen soviético. La proximidad de las costas capitalistas no le hace ningún bien. Está usted a punto de descomponerse ante mis propios ojos. ¿Está a favor de la democracia o de la dictadura?

- Estoy a favor de la democracia soviética, Cooper. Los sóviets son una forma de gobierno muy flexible. Esa es una de sus ventajas.

Pero precisamente por eso no pueden obrar milagros, sólo reflejan la presión del entorno social en el que se encuentran. La burocratización de nuestros sóviets, resultado del monopolio de un partido único, que, además, se encuentra reducido a un aparato burocrático, es el resultado de las dificultades excepcionales de la empresa socialista en un país pobre y atrasado.

La burocratización del régimen también está teniendo un efecto desastroso en nuestra economía, nuestra literatura, nuestro arte y toda nuestra cultura. A mi modo de ver, los sóviets norteamericanos estarán llenos de vida y fuerza.

¹⁴ William Zebulon Foster (1881-1961), sindicalista ganado al comunismo en Moscú a principios de los años veinte, era entonces secretario general del PC estadounidense.

¿Dictadura? Por supuesto, los defensores del régimen capitalista no encontrarán sitio en los sóviets. Confieso que no me imagino a Henry Ford¹⁵ como presidente del sóviet de Detroit. Pero una lucha a gran escala entre intereses, programas y asociaciones diversificadas no sólo es posible sino inevitable sobre la base de un régimen soviético.

Los planes económicos a uno, cinco o diez años, los sistemas nacionales de educación, la construcción de grandes líneas de transporte, la transformación de las explotaciones agrícolas, el plan para llevar a Sudamérica los logros tecnológicos y culturales más avanzados, el problema de la explotación del espacio, la eugenesia... todas estas tareas darán lugar a diferentes doctrinas y escuelas de pensamiento, a luchas electorales en el seno de los sóviets y a apasionados debates en la prensa y en las reuniones públicas.

- *Eso sí que es un poco de gusto por la libertad de prensa, Trochin. ¡Cuidado!*

- Cooper, ¿de verdad cree usted que la monopolización de la prensa en la URSS por parte de la cúpula de la burocracia constituye la norma para un estado obrero? No. Dejando a un lado las condiciones históricas que pueden haber producido tal estado de cosas, es sólo una deformidad temporal.

- *Pero, incluso en los Estados Unidos, si usted pone todas las imprentas, fábricas de papel y medios de distribución en manos del estado, sólo puede acabar poniendo toda la prensa en manos del gobierno. ¿Se imagina usted que el gobierno no utilizará esto para apoyar el dogma de su propia infalibilidad?*

- La nacionalización de los medios de comunicación de masas sería un error completamente negativo. Su única razón de ser es arrebatar al capital privado el poder de decidir qué se puede imprimir: qué es progresista o reaccionario, prohibicionista o anti, puritano o pornográfico. Los sóviets tendrán que encontrar una nueva solución al problema de la distribución y el uso de las imprentas socializadas. Para empezar, podría preverse una representación proporcional, sobre la base de los votos obtenidos en las elecciones a los sóviets. El derecho de cada grupo de ciudadanos a utilizar las imprentas dependería de su fuerza numérica.

El mismo principio podría aplicarse a la utilización de las salas de reunión, el tiempo de palabra en la radio, etc. De este modo, la dirección y la política de la prensa serían decididas por grupos de personas con ideas afines, no por cuentas bancarias individuales.

Se podría objetar que, en un sistema así, cualquier nueva ideología, filosofía o estética que no tenga un gran número de partidarios, se le negaría el acceso a la prensa.

Eso es un argumento. Pero sólo significa que, bajo cualquier nuevo régimen, una nueva idea debe demostrar su derecho a existir. En cualquier caso, bajo un régimen soviético esto sería más fácil que en la actualidad. Una Norteamérica soviética rica sería capaz de preservar grandes fondos para la investigación, las invenciones, los descubrimientos y los experimentos en todas las áreas de la creatividad humana, ya sean materiales o espirituales. No descuidaría a sus audaces arquitectos o escultores, a sus poetas inconformistas o a sus atrevidos filósofos.

De hecho, Cooper, reconozco que creo que los yanquis de la próxima era tendrán algo nuevo que aportar en los ámbitos en los que hasta hace muy poco eran los discípulos de Europa.

Los cuatro años que pasé en su país, sobre todo en las fábricas, no fueron en vano, aunque sólo fuera porque me ayudaron a comprender qué cambios ha aportado su tecnología al destino de la humanidad.

¹⁵ Henry Ford (1863-1947) fue el famoso magnate del automóvil de Detroit, célebre por su encarnizamiento en la lucha contra la organización obrera.

No siento más que desprecio por el falso tono de superioridad que adoptan algunos círculos europeos cuando hablan de “americanismo”, especialmente desde el comienzo de la crisis actual. Incluso me atrevería a decir que, en cierto sentido, fue el americanismo el que trazó la línea definitiva entre la Edad Media y la historia moderna de la humanidad.

Pero su conquista de la naturaleza se ha llevado a cabo con tanta violencia y pasión que no se han tomado ustedes el tiempo para modernizar sus métodos teóricos, ni de crear sus propias formas de arte. Su crecimiento y riqueza han seguido las leyes de un simple silogismo. Su antiguo puritanismo ha fermentado en una enorme cuba de éxito material, para producir una religión de racionalismo práctico. Por ello, ha permanecido hostil a Hegel, Marx e incluso Darwin¹⁶.

¿Le sorprende, Cooper? Sin embargo, la quema de libros de Darwin, en autos de fe, por predicadores baptistas en Tennessee es un reflejo brutal de la aversión de la mayoría de los estadounidenses a la doctrina de la evolución¹⁷. No solo se trata de sus prejuicios religiosos, sino de su perspectiva mental general. Los ateos yanquis no están menos imbuidos de racionalismo que los cuáqueros¹⁸. El racionalismo de ustedes ni siquiera contiene la lógica implacable de los cartesianos o los jacobinos. Su empirismo y moralismo son sus limitaciones y debilidades.

Pero esto significa que su método filosófico es tanto más anticuado y está en contradicción con su tecnología y sus posibilidades históricas. Hoy se enfrentarán ustedes por primera vez a estas contradicciones sociales que se desarrollan a espaldas de todos. Han podido controlar ustedes la naturaleza gracias a los instrumentos que su genio ha creado, pero esos mismos instrumentos han podido con ustedes. En contra de todas las expectativas, su opulencia sin precedentes ha engendrado miserias inaceptables.

Esto es para demostrarle que el silogismo de Aristóteles no se aplica a las leyes del desarrollo social. Por fin han entrado ustedes en la escuela de la dialéctica, y ya no pueden volver a la metodología de los siglos XVII y XVIII.

No lo sienta, Cooper. El injerto de la dialéctica en el robusto tronco del pensamiento práctico estadounidense dará una buena cosecha. Espero que así sea. Es inevitable que en las próximas décadas hagan ustedes importantes contribuciones en los campos del pensamiento, la poesía y las artes generalizadas. Estarán a la altura de su tecnología, a la que aún le queda mucho camino por recorrer para realizar el potencial que ya encierra.

Mientras los idiotas románticos de la Alemania nazi sueñan con devolver a la raza de la Selva Teutónica su pureza primitiva, o más bien su corrupción, ustedes, los estadounidenses, tras hacerse con el control de su economía y su cultura, extenderán la aplicación de auténticos métodos científicos al campo de la reproducción humana. En

¹⁶ En la obra del filósofo alemán Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831) Marx había descubierto la dialéctica. Charles Darwin (1809-1882), naturalista, desarrolló una teoría de la evolución de las especies.

¹⁷ Aludiendo al movimiento “fundamentalista” de los años 20, y a la lucha de ciertas iglesias protestantes para que la enseñanza literal de la *Biblia* fuera reconocida como “fundamental” y enseñada como tal en las escuelas, lo que prohibía cualquier explicación “transformista” o “evolucionista”. Alcanzó su apogeo en 1923, cuando un profesor de Tennessee fue despedido por recomendar a sus alumnos un libro que aceptaba la hipótesis de la evolución de las especies. En 1925, la Asamblea Legislativa del Estado de Tennessee aprobó una ley que prohibía a cualquier profesor de escuela pública enseñar cualquier otra teoría del hombre que no fuera la de la creación divina tal como se expone en la *Biblia*. El caso dio lugar en un importante juicio entre el “fundamentalista” William Jennings Bryan (1860-1925), que acudió como testigo, y el famoso abogado defensor de los derechos humanos Clemence Darrow (1858-1935) llegado para asegurar la defensa de un joven maestro voluntario. Se aprobaron leyes similares en Mississippi en 1926 y en Arkansas en 1928.

¹⁸ El término “cuáquero” es el sobrenombre de una secta protestante, la “Sociedad de Amigos”, que se remonta al siglo XVII y cuyo elemento fundamental es el carácter sagrado de la conciencia humana.

menos de un siglo, de su crisol nacerá un nuevo ser humano, de hecho, el primero digno de ese nombre.

- *¿Mantendrá en serio esta apuesta, Trochin?*

- Apuesto aún más. Le apuesto a que después de tres años de gobierno soviético, ya no mascarará usted chicle¹⁹. En verdad le digo que el mismísimo Andrew Jackson²⁰ puede ganar el reino de los cielos si lo desea de todo corazón. Y no puede evitar desearlo.

- *Está usted siendo muy generoso cuando se trata de nuestro futuro, Trochin. Pero espero que no tenga la audacia de pensar que me ha convencido. El ingeniero competente que hay en ustedes ha destruido al poeta. Para empezar, se ha librado del burocratismo soviético con demasiada facilidad. ¡Ah, la campana del dinero! Mañana le haré pedazos y desplumaré su famosa dialéctica como a un pollo.*

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

¹⁹ La hostilidad de Trotsky a la goma de mascar no era menos intensa que su aversión al tabaco.

²⁰ Andrew Jackson (1767-1845) había luchado en las dos guerras de independencia y contra los indios. General, fue Presidente de los Estados Unidos de 1829 a 1837, y representaba bastante bien el tipo “pionero” del oeste norteamericano.